

XXX

AMOR mío: era esto, era esto lo que quería decirte en el principio:

La ira en la sangre del hombre. el resplandor del odio, la culpa, la amargura son los frutos supremos del desconocimiento, la rama más ajena, más oscura, triste de nuestra piedad

-para con uno mismo-

cuando han de vivirse todavía tantos amaneceres, y ya se sabe

-mirando al horizonte-

que hace tiempo que dejamos de amarnos.

La ira en la sangre del hombre es el lamento supremo de la soledad.

Una oración infértil al dios que se ha perdido.

El dolor surco, el dolor de otros arados rotos en busca de una germinación

que exija escasa lluvia.

La ira es alimento pobre para seguir andando.

La música obsesiva que arrastra nuestros ojos.  
El arrepentimiento ciego, el arrepentimiento sordo,  
tardo, que se derrama, ay,

en las horas inútiles.

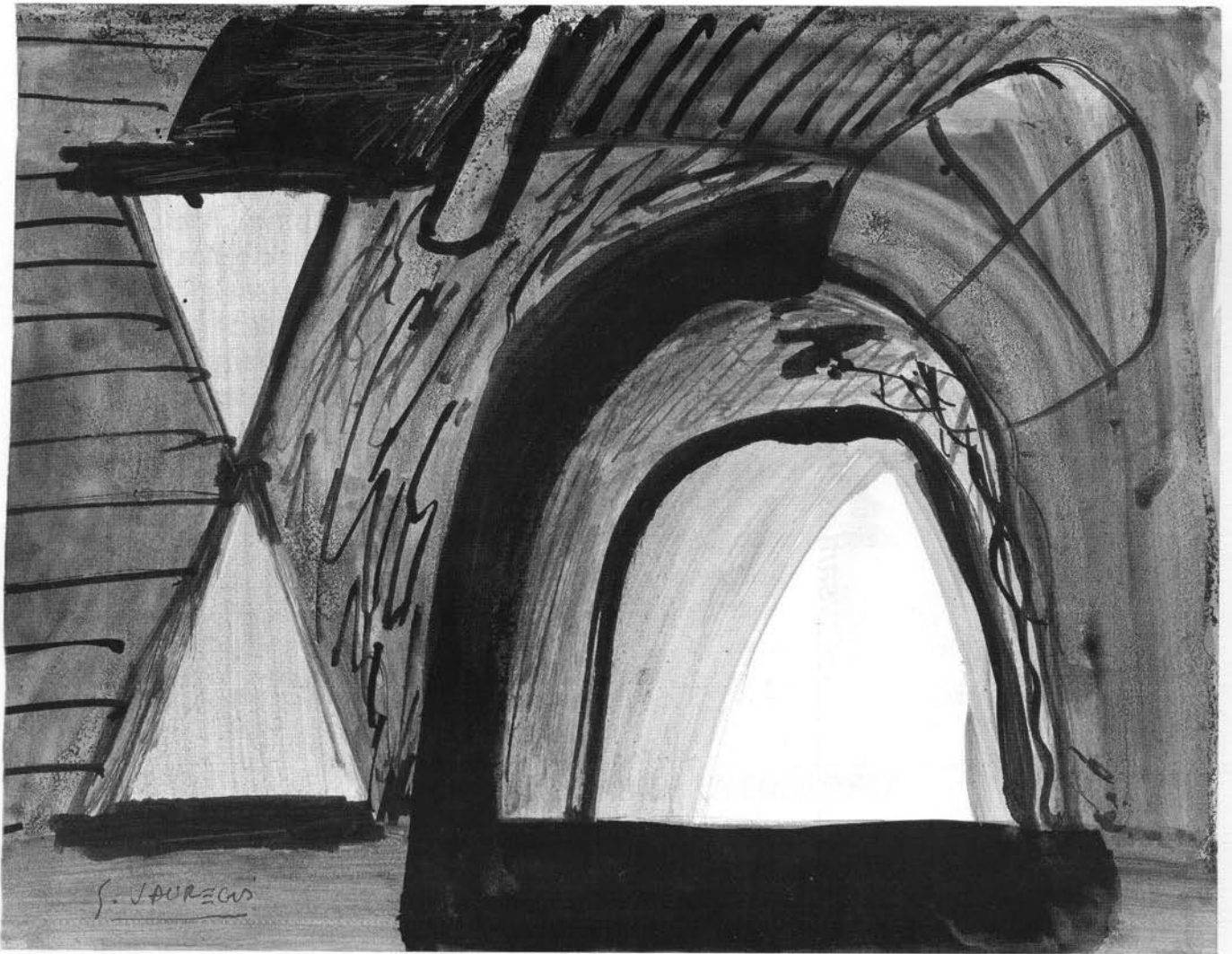
Porque hay un miedo súbito que levanta en el hombre el zarpazo del tigre -címbalos intolerables, una aguja de cólera,

esa profunda pena

que estalla

donde todas las voces náufragas, donde todos los actos gimen, incontrolados, del dolor-

para evitar el otro miedo más primitivo y negro también, obsceno,



poema de ————— Luciano feria

que hunde en el espacio un chillido largo de grulla.

Porque no nos miramos dentro.

Porque creamos tantas palabras -luminosas u oscuras,  
indecibles o dignas- para la piedad, y tantas máscaras,

que a menudo olvidamos

-torpes-

cómo surgieron todas de idéntica pasión, cómo  
nacieron todas en la lejana infancia

(y éramos como lobos hermosos contemplando la  
tierra)

sencillamente del amor; sencillamente, del deseo  
inoculado, terco, de saciarnos de vida.

Del libro *Fábula del terco*